Manuel Morao, hijo predilecto de Jerez y del Arte

Manuel Moreno Jiménez, "Manuel Morao", jerezano ilustre, académico de San Dionisio y artista excelso e incomparable del arte gitano-andaluz, es uno de los guitarristas de más prestigio y de más enjundia del panorama histórico y general de este arte. Su relevancia y su significación han sido reconocidas tanto por tratadistas y estudiosos como por los más cualificados intérpretes, tanto del cante como del baile, junto a los cuales ha venido actuando desde hace más de sesenta años. Su labor sigue, en proceso imparable, ejerciéndola en plenitud de creatividad y de experiencia artística. Manuel Morao es ante todo un músico excepcional y virtuoso.

El virtuosismo del toque de Manuel Morao radica en interpretar con singular dinamismo expresivo la melodía, la armonía, el ritmo y el contratiempo. Su toque es de los más legítimos, más justos e ideales para el acompañamiento del cante, significándose por su calidad de sonido, por su intensificación cromática y por su tonalidad cadenciosa y anhelante. El virtuosismo de un guitarrista ~~flamenco~~ no radica, ~~por consiguiente~~, ni en la fuerza ni en la velocidad, ni por supuesto, en lo puramente ornamental; sino en el vigor y en la luminosidad sonora, en la precisión rítmica y en su consonancia con cada forma o género de cante.

Esto no se improvisa, consiste en un arte exacto y riguroso. Las composiciones de Manuel Morao eso es lo que denotan y afirman: que la guitarra va de la mano del cante, intensificando, dando justo cauce a la emotividad y al sentimiento en conjunción extraordinaria. Su música aporta, pues, no solo sentimientos, sino también, ideas; proyecta y canaliza el arte que pretende y consigue llevarlo hasta lo sublime.

Pero Morao no es un artista anclado en una tradición, aunque la conozca profundamente y la interprete como pocos, sino que siempre tuvo una preclara conciencia de búsqueda de nuevos modos expresivos. Siempre tuvo un afán de creatividad y de adaptación de técnicas y fórmulas artísticas que abrieron horizontes, superando en gran medida esa misma tradición. Y todo

ello sin apartarse, sin salirse del dominio de la estética gitano andaluza.

Junto a la entrega apasionada e inteligente a su quehacer, corre pareja su decidida y valiente lucha contra la indiferencia o la desconsideración hacia el cante, tan generalizadas en la época de los años cuarenta cuando él inicia su singladura artística. Morao, con aguda conciencia, se entrega a su labor no sólo por engrandecer lo que él ama, sino también por el derecho a la dignidad propia y a la libertad de tal arte. Su capacidad dialéctica, su habilidad para transmitir conceptos y formas artísticas ha dejado una huella permanente en el arte gitano andaluz, elevándolo a las más altas cumbres.

Quizá sea el último eslabón de una sabiduría musical que se ha venido comunicando de generación en generación, de forma restringida en un medio social organizado y vivido por los pocos conocedores de las claves musicales de un arte cuyas propuestas se basan en el sentimiento de debilidad ante el mundo y en una búsqueda de una dimensión más habitable.

Todo arte que se precie responde a unas exigencias, a unos postulados, pero a la vez se resiste a cualquier supuesto o a cualquier ley que lo encorsete o lo aprisione. Así pues, la libertad creativa lo estimula y define ante todo. Pero esto no significa ignorar los principios reguladores del mismo, que le dan consistencia y distinción, que lo asientan y lo identifican como tal arte.

Muchos perdemos de vista que el cante es ante todo una música, es una expresión musical, constituida organizadamente por la voz, la guitarra y el baile. Aunque pueda focalizarse desde distintos ángulos, el cante es un fenómeno melódico-expresivo que se asienta en definitiva como una música diferenciada y culta. Es decir, que exige un cultivo, una instrucción, unos conocimientos y una pasión.

Manuel Morao aúna, como pocos, un conocimiento erudito de los tres aspectos orgánicos del cante. Quizá más allá, si es posible, de sus indudables méritos como guitarrista flamenco, sobrecoge y asombra no sólo su enciclopédica sabiduría sino también la claridad de los conceptos y la noción exacta de la dimensión de las

formas y de los géneros conformadores del cante, de su arquitectura y por ello también de sus posibilidades.

Por esto Manuel Morao es un horizonte seguro: consistencia, solidez, fidelidad y amplitud. Digan conmigo olé al gran Manuel Morao, hijo predilecto de Jerez y del Arte: elegancia, desenvoltura y armonía. Olé tu, Manuel, hijo de la más pura y más noble gracia.

ANTONIO CARMONA FERNÁNDEZ